

COSTA Y LA NARRATIVA PEDAGÓGICA REGENERACIONISTA

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

JUSTO DE VALDEDIÓS DE COSTA COMO MODELO DE NOVELA REGENERACIONISTA

Dos son los modelos básicos señalados por Romero Tobar (1977) para la llamada novela regeneracionista, cuyo canon aparece prefigurado en la narrativa de Joaquín Costa¹. Por un lado, el modelo cercano al ensayo, de carácter doctrinal, con funciones auxiliares de los libros fundacionales teóricos del regeneracionismo, representado en la novela del discípulo de Costa, *La ley del embudo* (1897) de Pascual Queral y Formigales²; y, por otro, el modelo simbólico y fantástico, ejemplificado en la novelística noventayochista de principios de siglo de Azorín o de Unamuno.

A pesar de que no llegó a concluir ninguna de sus novelas, Joaquín Costa en sus borradores novelescos aporta claros indicios de la importancia concedida por el escritor al género de novela regeneracionista. Todo ello, dentro de un proyecto de novelística histórica homologable al de Benito Pérez Galdós, dentro de la serie de las *Novelas nacionales*³, para alumbrar la historia de España desde sus orígenes mitológicos.

Como publicación póstuma, aunque inconclusa, está la novela *Último día del paganismo y primero de lo mismo*, redactada hacia 1908-1909, y reconstruida

¹ Este trabajo se inserta en el marco del Proyecto de Investigación Fundamental del MICINN DER 2010-21954 *Política y Educación en la España Contemporánea (PEEC)*.

² Véase la edición de Juan Carlos Ara Torralba (1994).

³ Leonardo Romero Tobar (1977: 160-161) señala la importancia del proyecto novelístico de novela histórica nacional, tal vez anterior al de Galdós, extractando las ideas en las que Costa explica los fundamentos retóricos de su novelística.

a partir de fragmentos incluidos en *La España Moderna*⁴. Costa, sobre la base de una investigación histórica seria, acomete una labor arqueológica que remite parcialmente a la gran literatura europea de la segunda mitad del siglo XIX sobre el Imperio romano. Eso sí, lo importante es la intencionalidad didáctica, en tanto que esta novela presenta al receptor conclusiones aplicables a la actualidad. El argumento, sintetizado por Romero Tobar (1977: 163), presenta al noble romano Numisio en peregrinaje por las tierras del Imperio romano, asumiendo la función de educador del Emperador, al amparo de las premisas pedagógicas de Quintiliano, con invocación en la parte final a las reformas «costistas» de «escuela y despensa». El «legajo Soter», por otra parte, redactado en 1905, contiene asimismo la marca de maestro-discípulo, propia del género novela de instrucción⁵, con el protagonista que alecciona a su discípulo, Pascual Villanúa (Sánchez Vidal, 1981: 14)⁶.

Sin embargo, es en el proyecto *Justo de Valdediós*, sometido a reconstrucción y análisis por Agustín Sánchez Vidal⁷, donde se prefiguran las distintas modulaciones con las que puede conformarse el género narrativo regeneracionista. Se trata de un proyecto de novela incubado entre 1874 y 1883 (Romero Tobar, 1977: 159) en años de estudios universitarios⁸ de su autor en el contexto de la

⁴ Aparece con las notas del escritor en el volumen XIV de la Biblioteca Costa. Véase la descripción bibliográfica en Romero Tobar (1977: 162). Puede leerse actualmente en versión digital.

⁵ La novela pedagógica, o *Tendenzroman*, tiene como modelo el *Télémaco* de Fénelon, y trasmite un ideario pedagógico coherente a cargo de un mentor. El maestro, como depositario de la tesis pedagógica, cobra protagonismo narrativo y conforma con el discípulo la llamada «pareja pedagógica».

⁶ Sánchez Vidal, Agustín, en Cheyne, G. J. (1984: 29-68). Considera el crítico que el héroe Justo de Valdediós evoluciona hasta convertirse en Justo Soter, tránsito hacia el Soter definitivo. El primer Justo «cumple la frustrada vocación universitaria de Costa y su papel de Fichte al hispánico modo entre efluvios inequívocamente krausistas». Y Soter es «el ajuste de cuentas con la Restauración y el cumplimiento mediante fórmulas de ficción de sus programas de tutela sobre el país (53). Hacia 1905, «perfila la figura mesiánica de un dictador benéfico, Justo Soter, que disuelve el Parlamento y procede a aplicar drástica y urgentemente una política quirúrgica» (54). La acción de este proyecto novelístico se situaría en el primer cuarto del siglo XX (55).

⁷ Sánchez Vidal, Agustín, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981. Sigo este libro para rescatar la anécdota de la novela y para clarificar sus aspectos pedagógicos.

⁸ Para el asunto de la «frustración universitaria» de Costa, véase José-Carlos Mainer (1984: 225-243).

filosofía krausista. Son fechas en las que, por ejemplo, Galdós compone una novela como *La familia de León Roch*, que remite de modo inequívoco a la teoría pedagógica krausista. Costa de modo análogo pretendía hacer por medio de su novela una glosa total de aquella doctrina filosófica. *Justo de Valdediós* aspiraría a dar una síntesis krausista (Sánchez Vidal, 1981) y podría haber sido la mejor novela de conceptos sujeta a principios estéticos cercanos a la novela de instrucción o pedagógica⁹. La condición de profesor del personaje principal hace posible que esta novela se construya en torno a la formalización de la «pareja pedagógica», maestro-discípulo, marca básica del género pedagógico al modo del *Telémaco* de Fénelon. Según Sánchez Vidal (1981: 95), la novela de Costa quedaría dispuesta estructuralmente como un «manuscrito destinado a la publicación», narrado de forma testimonial en primera persona, con algún parecido por aquí con la *Minuta de un testamento* (1876) de Gumersindo de Azcárate¹⁰.

El personaje docente, con rango de protagonista, podría tener la condición de catedrático universitario krausista (de Filosofía del Derecho, tal vez), según el perfil del héroe prenietscheano que otorga Leonardo Romero al personaje regenerador, ejemplificándolo en el héroe costiano: «pormenorizado diseño de héroe de las novelas regeneracionistas, cuyos rasgos más señalados son su ubicuidad, su energía moral y competencia técnica, la dedicación total al alivio de los males de la patria, su destino trágico o escasamente halagüeño» (1977: 120). El maestro Justo pasa el testigo que deberá recoger su discípulo principal, Bermudo, y que tiene como emblema la «humanidad del porvenir que ha de ser educada», en un espacio narrativo itinerante y con una disposición temporal referida al reinado de Fernando VII, en tanto que etapa histórica básica que ilustra acerca de la lucha revolucionaria en España.

El cuerpo pedagógico queda expuesto sistemáticamente a través de modos expresivos variados y flexibles, que dependen de la autoridad editorial del per-

⁹ Fénelon no falta entre las fuentes invocadas por Costa para la construcción de su novelística (Sánchez Vidal, 1984: 38).

¹⁰ Gumersindo de Azcárate se sirve para esta novela de una estructura de testamento otorgado por el testador quien, en primera persona, interpreta el contenido del *Ideal de la Humanidad para la vida*, de Krause, adaptado en 1860 por Julián Sanz del Río. La «minuta» resulta el mejor recurso pedagógico formal para verter los «consejos y recomendaciones» que se desgranán desde el principio («Al lector», *Minuta*, 87). Una vez expuestos los hechos principales de la vida del «alter ego» del autor, como hijo, esposo, padre, ciudadano y profesor, insiste en la finalidad de «ejemplo y enseñanza» (*Minuta*, 192) que ha suscitado la redacción del texto. Puede seguirse la novela por la edición de Elías Díaz (1967).

sonaje principal. Este docente protagonista es un peregrino que extiende su ideario reformista de base krausista en un contexto en el que opera el clericalismo-absolutismo (expresiva resultaría la escena en la que el maestro rescataría a su discípulo Bermudo de la férula pedagógica de los jesuitas). Significativo asimismo sería el pasaje en el que el protagonista regentaría en el Madrid de 1820 dos academias, caracterizadas por la armonización de los componentes de fuerza del trabajo y de cultura¹¹.

La preparación intelectual del héroe novelesco viene explicada por el contacto con los maestros de la Ilustración del XVIII, por los estudios en Alemania con Fichte y por el conocimiento profundo de la Biblia, además de la tradición cultural hispánica a la que el protagonista maestro no se sustrae nunca. Costa concede importancia a la inserción de elementos ligeros que amenizan el texto, a través de la inclusión de escenas estudiantiles a la manera de las novelas de costumbre universitarias¹². Particularmente expresiva resultaría la «batalla paval» (Sánchez Vidal, 1981: 54 y ss.)¹³.

¹¹ Sánchez Vidal extracta las notas de Costa sobre este capítulo: «Al desaparecer el maestro huirán sus discípulos como los de Sócrates y los de Cristo al morir éste y aquel, pero la convocan otra vez en secreto con sus tiernos discípulos, y será cuando los cojan» (1981, I: 14). «En la *conclusión* (I: 75) un discípulo contará a Justo, anciano y viejo, la suerte corrida por sus hijos y nietos espirituales: fueron apresados y conducidos al cadalso “cantando plegarias a Dios e himnos a la humanidad”, mezclados con el nombre de Justo. Se le azotó y quemó por herejes (I: 76). Justo desfallecerá ante estas noticias: momento de desaliento, también lo tuvo Cristo en el huerto» (I: 74). Sánchez Vidal (1981: 81) ve este episodio como una profecía de lo que sucedería a la Institución Libre de Enseñanza en 1939; y considera que Costa pudo inspirarse en el Colegio de San Mateo (1821-1825) de Alberto Lista, precedente de la ILE.

¹² La novela de Juan Armada y Losada, *El último estudiante* (1883), puede considerarse como modelo de la novela de costumbres estudiantiles naturalista. En esa novela aparece el estudiante universitario en lucha con el medio. Calamidades, crítica del sistema académico, bromas, gamberradas y fracaso escolar. Rasgos que se verifican también en la novela de José Fraguas, *El estudiante* (1889), dentro del Naturalismo de tesis, dado que estos autores imprimen a sus novelas una intención moralizadora, al subrayar la idea de que la llegada del joven discente a la ciudad universitaria es una ocasión para la perdición.

¹³ Costa aclara que se trataría de una broma que gastarían los estudiantes a un sabio francés por ser motejados por él como «pavos». Iría aderezada de música y murgas, y cuando el profesor saliera al balcón, las trompas saludarían a modo de rebuzno (I, 22) (Sánchez Vidal, 1981: 56-57). Así comienza el borrador de esta «soberbia escena novelesca»: «Una diablura estudiantil. Los estudiantes se concentrarán para dar un bromazo de buen género a un profesor. Serán 1000 estudiantes; el día de Navidad compran cada uno un pavo, y a una misma hora desde las 7 de la mañana comienzan a reunirse en la calle 1000 estudiantes, 1000 mozos de cordel, y granujas para subir el pavo... (Sánchez Vidal, 1981: 54).

Como mensaje de fondo se desprende la conveniencia de embridar los excesos que impidan el triunfo de la revolución verdadera. Al lado del bagaje teórico, se requiere un cierto ascetismo que impulse al héroe a buscar el espíritu evangélico primitivo, al modo de lo que ocurre con algunos personajes conocidos del Galdós de la etapa espiritualista. En todo caso, las metodologías educativas descansan en el contacto directo con los alumnos y en la valoración de las reuniones de grupos de discípulos, como ocurriría en el capítulo de contraposición de la enseñanza jesuítica a la pestalozziana. Uno de los epígrafes, sacados de las notas de Costa, llevaría el título de «El pedagogo ha tomado el juego como principio de educación sabe más que Aristóteles» (Sánchez Vidal, 1981, II, 26: 62). Así se presentan estas dos maneras de entender la pedagogía, a propósito de la enseñanza de una de las destrezas básicas como es la de escribir:

Como un niño cogiera mal la pluma y no escribiera bien, este anticuado dómine se la puso en la mano con tal furia que le sacó la sangre, clavándosela y comentando a Justo: «Nada, nada, el cariño no sirve de nada, todo ha de ser a fuerza de palos, la letra con sangre entra, ¿no es verdad, señor don Justo? A lo que éste replica: «Soy de vuestra opinión con que entra la letra, pero espíritu no» (Sánchez Vidal, 1981, 50, II: 28).

Con anterioridad a la visita de Justo a una escuela pestalozziana, y en ausencia del maestro, el discípulo Bermudo dibuja en el encerado símbolos que representan el espíritu de la vieja escuela frente a la nueva. Para aquella se dibujaba un muchacho que entraba en ella con unas orejas largas y salía con otras más largas todavía; en esta, por el contrario, sus orejas se reducían¹⁴ (II: 24). Modos educativos de la pedagogía jesuítica que aparecen, por otro lado, en el subgénero narrativo de las novelas de internados docentes, como la novela anti-jesuítica *Jesús (Memorias de un jesuita novicio)* (1898) de Dionisio Pérez (1871-1934)¹⁵, o la posterior y más conocida de Pérez de Ayala, *AMDG* (1910). El autor de la primera de estas novelas se define a sí mismo como un intelectual «amarrado a las galeras del periodismo» durante más de cuarenta años, en los

¹⁴ La novela de José Zahonero, *Barrabás* (1890), dedicada por su autor a la Institución Libre de Enseñanza, impugna las violentas maneras pedagógicas practicadas en un internado religioso «lazarista», incidiendo asimismo en el aspecto disciplinario, con glosa del castigo afflictivo como manera habitual de funcionamiento diario.

¹⁵ Se trata de un periodista «forzado de la pluma» con un perfil muy politizado casi olvidado por la crítica. Así lo señala David Jesús López Pérez, (2002: 59-67).

cuales escribió «cerca de treinta mil artículos» con los que prestó varios servicios a sus conciudadanos y a su patria¹⁶.

De este modo se sintetizarían estos modos en la novela costista:

Tenemos podrida la juventud... Para apagar este incendio que amenaza al mundo es necesario remover las ya casi frías cenizas de las hogueras del «Santo Oficio». Y diciendo esto había cogido el brazo del muchacho, el cual oyendo el Santo Oficio y sintiendo la presión de los dedos convulsos del jesuita, dio un chillido y un salto como si hubiera sentido que le apretaban el brazo con una tenaza candente, y desasiéndose del padre corrió al señor Justo (Sánchez Vidal, 1981: 51).

A partir de ese momento, el discípulo se beneficia de los nuevos modos educativos.

Además de los aspectos pedagógicos, en esta novela costista el personaje maestro recibe la marca de víctima propiciatoria en época histórica revolucionaria, haciendo valer uno de los rasgos con los que la literatura presenta en determinados momentos a la figura magisterial. Recuérdese, por ejemplo, al legendario maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll, última víctima política de la Inquisición, tomado tal vez por Galdós como modelo de inspiración para construir el personaje maestro de escuela Patricio Sarmiento en el episodio nacional *El terror de 1824*¹⁷. Costa de alguna manera convertiría también a Justo en otro Cristo que se inmola por el progreso de la humanidad hacia su justo destino, en pro de la armonía final¹⁸.

¹⁶ Sigo la novela por esta segunda edición: Dionisio Pérez, *Jesús (Memorias de un jesuita novicio)*, Madrid, Pueyo, 1932, pp. 156-157. La localizo en la Biblioteca Nacional con la signatura 1/30807.

¹⁷ La primera parte de la novela costiana concluiría precisamente con un testamento político lleno de dignidad en forma de legado para los discípulos de Justo, con parecido a las palabras finales del maestro de escuela galdosiano, Sarmiento, en el patíbulo.

¹⁸ Galdós en el episodio nacional *El terror de 1824* había hecho de su personaje maestro un mártir del absolutismo fernandino, muy ajustado al posible referente real, Cayetano Ripoll, el maestro de escuela de Ruzafa (Valencia), ahorcado en la Plaza del Mercado de Valencia a manos de la reacción apostólica en 1826, tras fallo de las *Juntas de Fe*. Marcelino Menéndez Pelayo (*Historia de los heterodoxos españoles*, VI, 1948: 139-143) explica los hechos bajo el epígrafe «Suplicio del maestro deísta Cayetano Ripoll en Valencia», p. 373).

EL PERSONAJE DOCENTE EN LA NARRATIVA REGENERACIONISTA¹⁹

Costa con sus borradores narrativos prefigura un género, la llamada novela regeneracionista, que contiene la formulación nuclear de «escuela y despensa». Pero es que además los autores cultivadores de este subgénero encuentran en la figura del polígrafo aragonés el modelo de carne y hueso que puede inspirar las ideaciones literarias. El caso más evidente es el de *La ley del embudo* (1897) de Pascual Queral y Formigales, con un personaje principal, Gonzalo Espartaco, emanación de la figura de Costa. Aparece como profesor dotado de capacidades extraordinarias para derrotar al cacique local:

Poseía una cultura general tan vasta y sólida que resultaba una enciclopedia viviente, unido a una educación práctica esmerada, digna de un príncipe. Una de las relevantes cualidades de nuestro Espartaco era su educación esmerada y sólida; a una forma irreprochablemente cortés juntaba perfecta solidez en la moral de fondo. En todos sus actos, antes que el bien parecer, estaba atento al buen ser; con dar a los fueros de la opinión social cuanto es legítimo, prefería en todo momento estar bien consigo mismo, en su conciencia (1994: 208-209).

En todo este conjunto de novelas, bajo esquemas diferentes, se incide en el tema nuclear de la literatura regeneracionista: la disección de los males de la patria, el falseamiento democrático de los tiempos que corren y el caciquismo. Además, es frecuente que estos temas (sobre todo en las novelas de conceptos) aparezcan envueltos en una retórica organicista con terminología clínica y utilización de sueños y alucinaciones en el marco de la «España profunda».

Una vez hecho el diagnóstico, se impone la invocación de las soluciones, y por eso la voz del narrador o la del personaje principal apelan a la pedagogía como única salida posible. De modo que puede comprobarse cómo se desgranaban en las novelas del género idearios pedagógicos más o menos sistematizados que hunden sus raíces en planteamientos humanistas, en filosofías neoplatónicas, o en doctrinas pedagógicas emanadas de la Institución Libre de Enseñanza. No es extraño, por lo tanto, que la figura del personaje profesor tenga cabida como una marca genérica más, revestida de carácter positivo, hasta el punto de recibir el cometido de contrapesar con su acción regeneradora la situación de miseria moral en la que se ve inmerso el cuerpo social.

¹⁹ Para el estudio de la figura del profesor en la literatura española del periodo de la Restauración, véase mi libro (2006).

Estas figuras docentes cumplen así misiones de héroes novelescos, quijoscos, en cuyas fuerzas deposita toda su confianza el escritor. Por ejemplo, en *La ley del embudo*, el héroe es el profesor de instituto, Gonzalo Espartaco, que comanda el bando que ha de derrotar al cacique local, valiéndose no pocas veces de argucias propias de la novela de aventuras; y en el caso de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898) de Ángel Ganivet, el personaje principal, con cátedra siempre abierta, y con distintos discentes, basa su misión regeneradora en la pedagogía del amor. Este aparece, en fin, revestido de una función redentora propia de un nuevo Hércules espiritualizado que ha de superar consecutivamente los consabidos «trabajos». Ahora bien, el calado pedagógico de esta novela principal de Ganivet es mucho más hondo: hay una base filosófica rastreada por la crítica que recalca con fuerza en la mística (Herrero, 1966) y que llega a los pilares del pensamiento filosófico europeo (Kant y Nietzsche) pasando por los filósofos y escritores del último tercio del siglo XIX que sientan las bases teóricas del nacionalismo, tal como se concibe hoy (Espina, 1942), con base religiosa pero lejos del neocatolicismo, y sin demasiados puntos importantes con el krausismo, aunque algún crítico pueda insertar la obra ganivetiana dentro del ámbito del reformismo y del krausismo ambiente.

Así pues, el personaje Pío Cid funciona como un «maestro total» en *Los trabajos*, pero ya en su novela anterior, *La conquista del reino de Maya* (1897), Ganivet había otorgado a su héroe las riendas del relato para contar, desde la primera persona en forma de memorias políticas, la experiencia de regeneración y de civilización llevada a cabo en un país imaginario del África Negra, cerca de los Grandes Lagos, llamado Maya. Pío Cid realiza allí una tarea propia del conquistador y del colonizador; y, sin embargo, en esta primera novela ya se comporta como un pedagogo que sabe graduar sus acciones, aplicándolas cuando los indígenas sienten las propuestas de su gobernante como necesidades. El anhelo del ideal, salvaguardado siempre, permite al héroe la formulación de la divisa de que conquistar es igual a educar. «Conquistar, colonizar, civilizar no es otra cosa que infundir el amor al esfuerzo que dignifica al hombre, arrancándole del estado de ignorante quietud» (2001: 219). De ahí que en la jerarquía administrativa del reino que gobierna, los integrantes del cuerpo de pedagogos desempeñen una función primordial, ora como «jueces de menor cuantía», ora como profesores públicos que enseñan lectura, escritura e historia natural (2001: 63).

Uno de los emblemas de la novela moderna es precisamente la figura del «pedagogo total» o «filósofo educador», como vehículo de transmisión de una manera de ver el mundo, en momentos de crisis. La frontera entre el persona-

je «prenietzscheano» y el «nietzscheano» marca precisamente lo que la crítica entiende como la ruptura de la novela tradicional. El filósofo educador en su primera etapa se muestra rígido, ubicuo, definido de forma apriorística y seguro de la bondad de su bagaje pedagógico. Aquí se sitúan los educadores de las novelas regeneracionistas de conceptos (los profesores galdosianos León Roch, Máximo Manso podían ya presentar con anterioridad ese perfil) como Justo de Valdediós de Joaquín Costa y Gonzalo Espartaco (*La ley del embudo*). Pío Cid se sitúa ya como avanzadilla del personaje escindido moderno que cristaliza en los pedagogos «nietzscheanos» que tratan de asimilar a duras penas la crisis filosófica e ideológica de los nuevos tiempos. Los pedagogos de esta primera etapa son muchas veces emanaciones de las concepciones de la vida en clave krausista.

Los segundos, aunque puedan tener alguna conexión con la doctrina del racionalismo armónico, reproducen en sus diálogos pedagógicos con los personajes discentes tesis filosóficas de Schopenhauer o de Nietzsche y pretenden, en todo caso, poner en cuestión concepciones del mundo superadas. Este nuevo héroe intelectual corre paralelo al peregrinaje del ser humano débil e inseguro de la contemporaneidad, hasta confundirse no pocas veces con él. Las novelas de 1902 de Unamuno y Azorín (modernistas pero también regeneracionistas) representan esta segunda modulación del género regeneracionista y señalan el camino que ha de roturar este nuevo héroe; y en ellas el discurso pedagógico se transmite a través de unas voces profesoras (Yuste, Lasalde, Don Avito Carrascal, Don Fulgencio Entrambosmares) que revelan un resquebrajamiento importante de la autoridad profesoral.

En *La voluntad* de Azorín se pone de manifiesto con más claridad que en Unamuno la invocación a Nietzsche y a Schopenhauer, una vez superados los modelos pedagógicos de Rousseau o de Goethe; y en todo caso el maestro no desciende a la glosa de las disciplinas académicas convencionales, aunque, eso sí, al final de la novela se contrasten diferentes modelos pedagógicos europeos para ponderar la enseñanza para la vida por encima de la enseñanza para el examen. La novela azoriniana queda contextualizada, además, por algunas reflexiones teóricas en forma de artículos periodísticos de contenido pedagógico firmados por el autor en esas mismas fechas.

Todavía más impregnada de pedagogía está *Amor y pedagogía* pues se atisba en ella a un Unamuno, «Excitator Hispaniae», que en esos momentos está lanzando su «razón pedagógica» (Flórez, 1987: 187-204) a través de distintas vías: su práctica profesional, sus conferencias y sus obras literarias. Así, esta novela de 1902 filtra entre líneas un mensaje antipedagoga que apela al tratamien-

to personalizado con el alumno y reprueba la enseñanza sistemática que, tal como se practica en España, se torna antieducativa. Por debajo de la textura moderna de esta narración se percibe, con humor o ironía, la impugnación de metodologías escolásticas, o incluso podrían entresacarse posibles intertextos, «cotrahechos», de los teóricos del krausismo, tal como hace Vauthier (2002) en la edición de la novela. De modo que esta obra presenta una rica reflexión pedagógica, puesta de relieve en los distintos niveles narrativos y en la anécdota que hilvana el tema, descendiendo ahora incluso a la plasmación de escenas docentes de materias académicas como el Dibujo o la Literatura.

Frente a la novela regeneracionista de conceptos que incidía en aspectos básicos de la alfabetización como la enseñanza de la lectura y la escritura, la modalidad regeneracionista simbólica propicia que los personajes docentes insistan en aspectos de estética literaria. En aquella los autores querían señalar la cuestión de la lengua española en sus primeros estadios. La lectura y la escritura, esas dos prácticas escolares bien estudiadas por Antonio Viñao Frago (1999), se convierten en asunto sintomático de todo el problema de la educación. La condición de intelectuales filósofos, inherente a los héroes modernistas del segundo grupo de novelas, lleva aparejada no pocas veces la enseñanza literaria, en tanto que la salida del arte se antoja como una posibilidad de conjurar por elevación las asechanzas que asolan al sujeto contemporáneo. Desde el punto de vista de la coherencia narrativa, el aprendizaje del artista-literato posibilita, además, que estos personajes se conviertan en narradores de su propia etapa formativa. De ahí la insistencia en insertar dentro de las historias elementos metaliterarios; o en formalizar estructuras narrativas cercanas a la «novela de artista» o *Künstlerroman*. Algo de esto ocurre en la novela de Ganivet. El tercer trabajo, «Pío Cid quiere formar un buen poeta», está planteado como un excelente tratado de educación literaria y en él se verifica la decantación hacia lo artístico que impregna todo el relato, con un Pío Cid que se debate entre la pureza intelectual y la necesidad perentoria de mantener a su familia, apuntando así el tema de la lucha del artista para sobrevivir en un medio hostil.

El aspecto metaliterario se introduce en la novela de Azorín a través de la teórica literaria que hace el personaje maestro Yuste, quien desempeña un papel importante en la primera parte (capítulo XIV, Martínez del Portal, 1997: 39-67). La propuesta del maestro para uso del discípulo, Antonio Azorín, tiene que ver con la carencia de fábula («Ante todo no debe haber fábula»); con el tratamiento de un paisaje, sentido ante los ojos del lector (Baroja, frente a Blasco Ibáñez). Asimismo, el diálogo debe reproducir los momentos de incoherencia para alejar del coloquio la sensación de artificiosidad que transmite el coloquio de las novelas antiguas.

En el caso de la novela unamuniana, en medio de la insatisfacción pedagógica que asola al discente Apolodoro, este recibe el mensaje del poeta modernista Hildebrando Menaguti al grito de «Haz poesía, Apolodoro» (Ogno, 2003: 248): «Hay que hacer obra de amor, obra de arte; no hay más genio que el genio poético». Hasta tal punto que Apolodoro encuentra que su vocación consiste en «ser poeta en prosa», frente a la oferta educativa de su padre-maestro. A partir de ese momento el discente se entrega a satisfacer el anhelo, aunque finalmente fracase como escritor. Para Lia Ogno (249), la ironía de esta novela viene dada porque «acaba desvelando –y problematizando– el campo semántico entre el arte y la literatura»; una interpretación que puede extenderse a las otras novelas de 1902 en las que, de una manera u otra, siempre hay una propuesta metaliteraria de una «nueva novela» a través del modelo de «novela de artista», aunque se perciba un trasfondo regeneracionista.

MAESTROS Y MAESTRAS DE ESCUELA

Al carácter positivo que en las novelas de conceptos se atribuye al profesor regenerador (en otras novelas tal papel puede ser encomendado a otros profesionales de prestigio)²⁰ se contraponen, y también como un elemento recurrente en el género, personajes secundarios o episódicos maestros o maestras de escuelas inmersos en ambiente caciquil, casi siempre caracterizados con los rasgos estereotipados negativos que presta la tradición. No desaparecen las notas sociales o los *tics* y vulgarismos humorísticos con los que la novelística de Galdós presentaba a este personaje, que ahora puede funcionar como símbolo del prototipo del «maestro muerto de hambre» de la Restauración, frente a esas otras figuras profesoriales más dignas con papel más relevante en el género.

La aparición del personaje docente en la novela regeneracionista suele apuntar una temática que se repite y que se orienta hacia los siguientes aspectos. En primer lugar, la condición social de la figura del maestro, siempre precaria, que oscila entre los altos ideales y el hostigamiento físico y moral de su persona por parte de todas las instancias sociales. La prensa profesional del magisterio, que

²⁰ Romero Tobar señala entre las profesiones susceptibles de representar funciones regeneradoras: «escritores, abogados, expertos en temas militares, que combaten la abulia, el escepticismo o la inoperancia de las llamadas “clases neutras”» (1977: 189). De la nómina de estos héroes regeneracionistas que desempeñan profesiones, tal vez sea el personaje Manolo Bermejo de *Tierra de Campos* (1897) de Macías Picavea, quien presente una adscripción más clara a los planteamientos educativos krausistas. Véase Serrano (1983: 293-315).

alcanza su «edad de oro» en los años ochenta del siglo XIX, martillea machacadamente en esta idea, que parece traducirse también en las novelas regeneracionistas de Galdós (*El caballero encantado*, 1909; y *La razón de la sinrazón*, 1915), pero también en *La ley del embudo* (1897) o en *Pío Cid* (1898), con estampas veristas de la situación real del maestro de escuela contemporáneo.

En la segunda parte de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* se introduce en el trabajo cuarto, «Pío Cid emprende la reforma política de España», la cuestión del caciquismo en los pueblos de la España profunda de la Restauración, al modo también de lo que ocurre en *La ley del embudo*. En esta novela regeneracionista de Pascual Queral y Formigales se ironiza sobre el celo ortográfico del maestro «Diego Palmeta», dibujado, por lo demás, con los rasgos negativos de la tradición:

Entre los dos redactando un suelto de actualidad, sentábase don Diego Palmeta, maestro de instrucción primaria que no estaba llamado a volverse loco, pero en realidad era la verdadera inteligencia de la redacción. Por lo menos aprendió ortografía, por lo que, aparte de lo útil que esto resulta en donde los demás no saben, hacía otro papel inapreciable. En toda polémica en que *El Chiflete* se encontraba vencido, salía Palmeta cogiendo al adversario un descuido gramatical u ortográfico (1994: 112).

En la novela de Ganivet se insertan documentos en los que se diseccionan los males rurales de la época, con explicación suficiente del mecanismo caciquil de compra de votos, «pucherazos» y todo tipo de trampas. Entre los personajes secundarios que dan vida a este pasaje no se omite el maestro rural al que se asigna nombre humorístico. El maestro *Ciruela* aparece en esta novela, en geografía granadina, como representante del docente famélico al que deben varios años de sueldo²¹. Esto le dice Pío Cid al maestro don Cecilio Ciruela:

Son muchos los maestros que viven en la miseria, sin que haya remedio para este mal crónico de nuestro país. ¿Qué hacer? Ahondar en este fenómeno y descubrir, como yo he descubierto, que la causa de esta obstinación con que se desatiende el magisterio no es otra que el deseo de *transformarlo en instrumento de la regeneración nacional* supóngase usted, amigo don Cecilio, que todos los maestros de España que se hallan en el caso de usted tuvieran la idea, desesperados ya, de abandonar los pueblos en que no hacen nada útil, y dedicarse a recorrer la nación y a esparcir a todos los vientos la semilla de la enseñanza. Esto sería muy español; este profesorado andante

²¹ Se trata de un anticipo del maestro de escuela galdosiano don Alquiborontifosio de las Quintanas Rubias, de *El caballero encantado* (1909), al que se asigna nombre humorístico de acuerdo con la tradición de las artes y la literatura populares, que azuza sarcásticamente sobre este estereotipo negativo. Véase Ezpeleta (2004: 242-253).

haría lo que no ha hecho ni hará jamás el profesorado que tenemos. En nuestro país no se estima ni se respeta a quien se conoce, por mucho que valga [...] El maestro que enseñara en la plaza pública, como yo aconsejo, sería el maestro nacional por excelencia (1983: 317).

La «cuestión política» impregna a veces las novelas en las que aparece la figura del maestro, pues este transfiere sus ideales humanitarios a una determinada militancia política en momentos históricos convulsos. Entrado ya el siglo XX, el personaje encuentra ubicación literaria en medio de las guerras de las escuelas laicas y religiosas, con el perfil de maestro anarquista, al modo de Ferrer Guardia: tal ocurre con el personaje principal de la novela regeneracionista poco conocida, de temática nítidamente pedagógica, como es *Escuela es amor* (1911) de Tomás Lucas García²².

En la cuestión estrictamente pedagógica se incide mediante los recursos satíricos y humorísticos, dibujando maestros de escuela pedantes, con anomalías psicológicas y carencias culturales. Muchas veces se establece confrontación entre la vieja escuela, caracterizada por la inadecuación metodológica de las enseñanzas frente a una ensoñada nueva escuela. En este sentido, es suficientemente expresiva esta última novela señalada, escrita por el maestro de escuela Tomás Lucas García. En esta novela se disecciona, desde una perspectiva próxima a los órganos de expresión reivindicativos de los maestros, la cuestión escolar. La pedagogía se convierte aquí en sustancia de la historia, con oposición de una escuela asociada a los males canónicos frente a una nueva, que ha de surgir a partir de la puesta en limpio de las reflexiones de la pedagogía en la órbita de la Institución Libre de Enseñanza y la Escuela Moderna.

Podemos encontrar otras novelas ajustadas al esquema de «costumbres universitarias» en las que la inercia de «intelectualización» o de «pedagogización» permite la composición de argumentos en los que el personaje profesor pueda tener algún protagonismo, y en las que asimismo tiene presencia el maestro de

²² Tomás Lucas García, *Escuela es amor* [Madrid s. n.]: Revista Ilustrada, Imprenta Artística, 1911. Ejemplar de la Biblioteca Nacional, sgn. 1/75851. El interés de esta obra reside en la buena indagación sobre los modos pedagógicos de la España del primer decenio del siglo XX. Su autor, maestro, dibuja las penalidades de la escuela rural al par que defiende un mensaje educativo en sintonía con el que proclama un Miguel de Unamuno, que aparece como personaje en la novela, al insistir en la identificación de amor y pedagogía. El maestro protagonista de esta novela se convierte en un apóstol que, en tono inflamado, pronuncia discursos y conferencias señalando el nuevo camino que ha de seguir la humanidad, soldando así escuela y socialismo.

escuela. Es el caso de *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)* (1902) del Doctor J. Esteban de Marchamalo (seudónimo). En esta obra, netamente regeneracionista, se entremezcla la tópica costumbrista estudiantil con la tesis pedagógica²³. Se plantea como una «novela en clave», pergeñada por un profesor universitario, no muy perito en el arte literario, pero conocedor de los entresijos de la vida académica en un año tan significativo como es 1898. Vuelve a reproducirse aquí la confrontación entre la vieja pedagogía (asociada al caciquismo) y la nueva (en la órbita de la Institución Libre de Enseñanza). Y, al igual que sucedía con *Escuela es amor*, en *Los universitarios* se vincula la «cuestión social» a la «cuestión de la escuela».

El personaje «maestra de escuela» también prospera en el caldo de cultivo regeneracionista. Galdós es el escritor que mejor y con más insistencia modela el tipo en las distintas novelas. Desde la inclusión de la maestra Irene, instruida en establecimientos docentes institucionistas, con funciones auxiliares dentro de *El amigo Manso* (1882), hasta el conjunto de tipos magisteriales femeninos que incluye el escritor en sus novelas más estrictamente regeneracionistas (*La Primera República*, 1911; y *Cánovas*, 1912) y, sobre todo, en *El caballero encantado* (1909) y en *La razón de la sinrazón* (1915), con papel relevante de la maestra. En estas novelas, Galdós parece subvertir desde dentro algunas de las marcas del género, al ironizar sobre la pomposa retórica regeneracionista. Y aunque repruebe las formas pedagógicas viejas, mira con escepticismo, cuando no con ironía, algunos de los *tics* de las nuevas, al insistir en las caracterizaciones de «bachilleras» o «finústicas», aplicadas a las mentoras de la infancia. Y ello aunque venga estimulado a pergeñar perfiles de mujeres maestras idealizadas, como halago permanente a su musa tardía, Teodosia Gandarias, maestra que confía en la fuerza regeneradora de la mujer educadora.

En *La Primera República*, el escritor canario presenta a la maestra, que se acoge al emblema del amor como motor de la pedagogía para hacer arrancar a leer a los niños escolares:

En derredor de la divina Maestra, un enjambre de pequeñuelos de ambos sexos recibía las primeras migajas del pan de la educación. Les enseñaba las letras y los soni-

²³ Existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional, con la signatura: 3/ 108146, que responde a la siguiente descripción bibliográfica: *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas en 1898)*, Doctor J. Esteban de Marchamalo. Académico de la Real de Medicina (seudónimo), Madrid, Biblioteca de la Educación Nacional, 1902 (año de terminación). Para el estudio de esta novela véase Botrel (1998: 223-235) y Ezpeleta (2012: 81-88).

dos que resultaban de unir una con otra. A unos les corregía con gracejo, a otros con besos les estimulaba; a los más chiquitines les sentaba sobre sus rodillas, metiéndoles como por arte mágico, las cinco vocales (1980: 183-184).

Todo ello en una escuela en la que, señala el narrador, se destierran las palmetas, las correas y los punteros como instrumentos didácticos.

La tendencia a dotar al personaje maestra de estatuto principal se confirma en algunas novelas de las dos primeras décadas del siglo XX en las que la heroína puede convertirse en símbolo de emancipación femenina, dentro de la novelística tardo-regeneracionista bajo capa erótica o social. Es el caso de la novela de López Pinillos, *Doña Mesalina* (1910)²⁴, con la protagonista, maestra rural, sometida a las clásicas extorsiones, o en *El amor pone cátedra* (1924), de Fernando Mora, con una protagonista no maestra de escuela, sino «maestra normalista». En esta última novela, dentro del marco del realismo social, se insiste en el caciquismo, tema de fondo asimismo de la novela de López Pinillos (Parmeno), con una docente que enseña en un contexto hostil francamente politizado. El tema de las aspiraciones de emancipación de la nueva mujer va unido, pues, aquí al caciquismo y a los abusos sociales y políticos cometidos sobre esta figura femenina. El erotismo, tan invasivo en la literatura de las primeras décadas de siglo, se infiltra fácilmente en la novelística tardo-regeneracionista: el caso más obvio es el de *Doña Mesalina*, pero no está ausente tampoco en otras novelas, como *En la carrera* (1909) de Felipe Trigo, incluso en las del Galdós tardío, con alusiones irónicas al género sicalíptico.

La impugnación de los sistemas académicos esclerotizados anima también a los autores de las novelas en las que cobra protagonismo la joven estudiante universitaria, aunque se perciban con alguna reticencia desde la voz editorial los modos pedagógicos nuevos. En efecto, el protagonismo de la mujer universitaria encuentra acomodo en estructuras narrativas más flexibles, como *El amor catedrático* (1910) de Martínez Sierra, o *Un camarada más* (1921) de Rivas Cherif, con indagación sobre el perfil institucionista de la mujer universitaria y con la creación de un personaje profesoral, *El Abuelo*, contrafigura de Giner de los Ríos. Sin embargo, estas dos novelas, que defienden los nuevos modos educativos y que ponderan la incorporación de la mujer a la Universidad, se distancian ya de la retórica regeneracionista.

²⁴ Editada con motivo del centenario del nacimiento del autor, con prólogo de José-Carlos Mainer (1975).

CONCLUSIÓN

El llamado subgénero de la novelística regeneracionista ahorma un conjunto de novelas de mayor o menor calidad, y de autores muy desiguales en cuanto a su calidad literaria, pero con la presencia habitual del tema educativo. De modo que la figura del personaje profesor tiene cabida casi como una marca genérica más, revestida de carácter positivo, en la modalidad de novela de conceptos (cercanas al ensayo); y cuestionada parcialmente, en la modalidad simbólica. Costa, en sus borradores literarios narrativos, anticipa ciertamente el alcance del género, hasta el punto de convertirse en referente real sobre el que algunos escritores parecen cincelar a sus héroes regeneracionistas. A estos, una vez hecho el diagnóstico de las carencias educativas, les cumple la tarea de contrapesar con su acción regeneradora la situación de miseria moral en la que se ven inmersos los ciudadanos. Estos borradores novelescos de Costa (especialmente *Justo de Valdediós* y *Último día de paganismo y primero de... lo mismo*) se sustentan en bases pedagógicas krausistas y muestran la capacidad del género para la ideación de argumentos con personajes profesores, maestros o, incluso, instituciones educativas.

A través de un repaso panorámico de un conjunto narrativo ajustado a estas características, los novelistas de la época del traspaso de siglos evidencian una querencia por «pedagogizar» la literatura, a la par que iluminan sobre los usos y costumbres académicos de los distintos niveles educativos. Se atestigua la preocupación por las prácticas educativas básicas como son el aprendizaje de la lectura y la escritura (sobre todo en las novelas de conceptos) y por la educación literaria (en las novelas simbólicas modernistas). Asimismo, los autores de este último subgrupo narrativo (Unamuno o Azorín) dotan a sus personajes educadores de una proyección de más enjundia, al hilo del proceso de modernización experimentado por el género de la novela en España en los comienzos de siglo XX.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Novelas

ARMADA Y LOSADA, Juan (Marqués de Figueroa), *El último estudiante*, Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1883.

AZCÁRATE, Gumersindo de, *Minuta de un testamento*, edición de Elías Díaz, Madrid, Ediciones de Cultura Popular, 1967.

- AZORÍN (José Martínez Ruiz), *La voluntad*, edición de María Martínez del Portal, Madrid, Cátedra, 1997.
- COSTA, Joaquín, *Justo de Valdediós* (borrador fragmentario), en *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, edición de Agustín Sánchez Vidal, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981.
- , *Último día de paganismo y primero de... lo mismo*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Edición digital basada en la edición de la Biblioteca Costa, Madrid, 1917.
- FRAGUAS, José (García), *El estudiante. Novela de costumbres escolares*, Madrid, Juan Muñoz Sánchez, 1889.
- , MARCHAMALO, Doctor Esteban de (seudónimo de José García Fraguas), *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)*, Madrid, Biblioteca de la Educación Nacional, 1902.
- GANIVET, Ángel, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, edición de Laura Rivkin, Madrid, Cátedra, 1983.
- , *La conquista del reino de Maya*, Madrid, Jaguar, 2001.
- LÓPEZ PINILLOS, José, *Doña Mesalina*, edición de José-Carlos Mainer. Madrid, Turner, 1975.
- LUCAS GARCÍA, Tomás, *Escuela es amor*, Madrid, Revista Ilustrada, Imprenta Artística, 1911.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo, *La tierra de Campos: novela original*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1897.
- MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *El amor catedrático*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1910.
- MORA, Fernando, *El amor pone cátedra*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924.
- PÉREZ, Dionisio, *Jesús (Memorias de un jesuita novicio)*, Madrid, Editorial Pueyo, 1932.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón, *A. M. D. G.*, edición de Andrés Amorós, Madrid, Cátedra, 1995, 5.ª ed.

- PÉREZ GALDÓS, Benito, *La razón de la sinrazón*, en *Obras Completas*, III, Madrid, Aguilar, 1973.
- , *El terror de 1824*, Madrid, Alianza-Hernando, 1976.
- , *El caballero encantado*, edición de Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, Cátedra, 1977.
- , *La Primera República*, Madrid, Alianza-Hernando, 1980.
- , *El amigo Manso*, edición de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 2001.
- , *La familia de León Roch*, edición de Íñigo Sánchez Llama, Madrid, Cátedra, 2003.
- QUERAL Y FORMIGALES, Pascual, *La ley del embudo*, edición de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- RIVAS CHERIF, Cipriano, *Un camarada más*, Madrid, Ediciones de «La Pluma», 1921.
- TRIGO, Felipe, *En la carrera*, prólogo de Santiago Castelo; edición de Manuel Simón Viola, Badajoz, Ediciones Carisma Libros, 2002.
- UNAMUNO, Miguel de, *Amor y pedagogía*, edición de Bénédicte Vauthier, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- ZAHONERO, José, *Barrabás*, Madrid, La España Editorial, 1890.

Otras referencias bibliográficas

- ARA TORRALBA, Juan Carlos, «Introducción» a *La ley del embudo*, de Pascual Queral y Formigales, Huesca, Institución de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- BOTREL, Jean-François, «La novela de conceptos en la España finisecular: *Los universitarios* de José Esteban de Marchamalo», en Y. Lissorgues y G. Sobejano (coords.), *Pensamiento y literatura en España en el siglo XIX*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1998, pp. 223-235.
- CHEYNE, G. J. G. (ed.), *El legado de Costa*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1984.

- DÍAZ, Elías, «Estudio preliminar» a *Minuta de un testamento*, de Azcárate, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1967.
- ESPINA, Antonio, *Ganivet. El hombre y la obra*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1942.
- EZPELETA AGUILAR, Fermín, «Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós», *VII Congreso Internacional Galdosiano*, 2001, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 2004, pp. 241-253.
- , *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- , «Didáctica pedagógica en la novela costista: *Justo de Valdediós, La ley del embudo* y *Los universitarios*», en Guillermo Vicente y Guerrero (coord. y ed. lit.), *Estudios sobre historia de la enseñanza secundaria en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2012, pp. 71-91.
- FLÓREZ, Ramiro, «Sistema de pensamiento y razón educativa en Unamuno», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 440-441 (feb.-mar. 1987), pp. 187-204.
- HERRERO, Javier, *Ángel Ganivet, un iluminado*, Madrid, Gredos, 1966.
- LÓPEZ PÉREZ, David Jesús, «La voluntad política de Dionisio Pérez», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 10 (2002), pp. 59-67.
- MAINER, José-Carlos, «La frustración universitaria de Joaquín Costa», en G. J. G. Cheyne (ed.), 1984, pp. 225-243.
- MARTÍN, Francisco José, *Las novelas de 1902*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
- MARTÍNEZ DEL PORTAL, María, «Introducción» a *La voluntad*, de Azorín, Madrid, Cátedra, 1997.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, VI (*Heterodoxia en el siglo XIX*), Santander, Aldus, S. A. de Artes Gráficas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948.
- OGNO, Lia, «Novelas de artista», en Francisco José Martín (ed.), 2003, pp. 237-255.
- ROMERO TOBAR, Leonardo, «La novela regeneracionista de la última década del siglo», en VV. AA., *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1977, pp. 133-209.

-
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza, 1981.
- , «Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa», en *El legado de tinta*, edición de G. J. Cheyne, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1984, pp. 29-68.
- SERRANO, Carlos, «*Roman de Castille et régénération nationale: de Tierra de Campos. El problema nacional*, de Ricardo Macías Picavea», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XIX (1983), pp. 293-315.
- VAUTHIER, Bénédicte, «Introducción» a la edición de *Amor y pedagogía*, de Unamuno, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- VIÑAO FRAGO, Antonio, *Leer y escribir. Historia de dos prácticas culturales*, México, Educación, voces y vuelos, I. A. P., 1999.